



Ideas que perduran

Arnaud Miranda pone cara y programa a los adalides del tecnofascismo y neorreaccionarios en su ensayo 'La Ilustración oscura'

ÓSCAR R. BUZNEGO

Hace apenas dos décadas, hicieron acto de presencia en la blogosfera autores desconocidos para el gran público que firmaban con seudónimo textos deslavazados y un tanto esotéricos, en los

que combinaban referencias clásicas con planteamientos extravagantes sobre el ser humano y el orden social. No podían ser inscritos en ninguna tendencia ideológica, aunque dejaban traslucir sus afinidades. Estos autores alcanzaron una rápida difusión por

medio de las redes sociales y fueron adquiriendo cierta notoriedad. Algunos pasaron en pocos años del anonimato a ser recibidos en audiencias discretas en los círculos del poder. Nunca dispusieron de una estructura organizativa unitaria, semejante a un partido, pero confluyeron en sus objetivos principales, por encima de las diferencias, y han ejercido una influencia creciente en sectores de la opinión pública y de la política, particularmente en Estados Unidos.

El magma de ideas así creado, de forma espontánea, pero apuntando en una dirección precisa, es confuso y contradictorio como el discurso de Donald Trump, al que

inspira en su segundo mandato. No obstante, tiene nombre. Para identificarlo, se le llama *Ilustración oscura*, expresión sombría y paradójica, tomada de un escrito de Nick Land, pensador simpático de la izquierda en su vida anterior e incorporado en una posición destacada a la nómina del movimiento junto con Curtis Marvin, Spandrell y el polifacético Peter Thiel, empresario, publicista, promotor, activista, en el papel de figura central.

En su ensayo *La Ilustración oscura*, Arnaud Miranda (Clermont-Ferrand, Francia, 1997) los sitúa en el mapa de las corrientes ideológicas que han tenido mayor vigencia en la derecha norteameri-

cana y los distingue con la etiqueta de *neorreaccionarios*. Coinciden en el respeto a las jerarquías que ven impresas por la biología y oponen un pesimismo antropológico sobre la naturaleza humana con raíces en una larga tradición filosófica a la confianza pinkeriana en el progreso, lo que no les impide depositar todas sus esperanzas en un futuro conducido por la tecnología, que requiere una revisión completa del orden político. Postulan una concepción egocéntrica de la libertad, hasta el punto de ser partidarios de un derecho del individuo a abandonar la sociedad y establecer un ámbito soberano de vida, en su propia casa, en una isla desierta o en la lu-

Persiguiendo el eterno enigma

En 'Número cero', Eduardo Jordá se suma a la larga lista de intentos por asomarse a la poliédrica e indescifrable personalidad de Bob Dylan

FRANCIS MÁRMOL

Perseguir la figura de Bob Dylan es lo más parecido a tratar de atrapar a Moby Dick. Complejo, peligroso e insatisfactorio de todas todas. Es el rey escurridizo. Esta es una de las confesiones más potentes que en-

cierra de forma recurrente este sugestivo opúsculo de Eduardo Jordá (Palma, 1956) titulado *Número cero*. Y hace bien en no intentar dar a la caza alcance, que diría Juan de Yepes, porque, como sostiene a lo largo de una parte de él, el individuo es ya de por sí inasible y misterioso,

tanto como para convencerse de que los 1.910 libros que circulan por ahí sobre él quizá solo lo rozan.

Jordá asienta su aproximación en una serie de sugerentes anécdotas sobre el genio de Duluth, al que dice no admirar fanáticamente y que de alguna forma esa distancia le permite no quemarse en su búsqueda como otros capitanes Ahab. El título del mismo parte de una anécdota del autor de *Like a rolling stone* junto a su amigo, Leonard Cohen, en la que lo señala como el número uno de la música mientras él se adjudica el cero, sin complejos. Número asociado a Dios o a la nada. Partiendo de aquí, el escritor admite que el cantante es consciente de su impropiedad humana. El yo es otro, el otro es yo. Y ese juego de espejos permanece.



Eduardo Jordá

Al servicio del Soviet Supremo

'Torbellino' es la cuarta novela que llega a España de Yulián Semiónov, el autor de 'noir' más leído en la URSS, y de su personaje Maxim Isaiev

ALEJANDRO M. GALLO

Si los ingleses tenían al agente especial James Bond al servicio de Su Majestad, a la lealtad de la Re-

volución de Octubre y del Soviet Supremo estaba el agente secreto Maxim Isaiev. Sin embargo, la semejanza termina ahí. Mientras el agente 007 se caracterizaba por

su elegancia, su carisma, su frialdad, su arrogancia, su perfil atractivo y sus relaciones románticas, Isaiev era disciplinado, sobrio, odiaba la violencia gratuita, era fiel a su querida y amada esposa Sáshenka y vivía infiltrado en el Estado Mayor del Tercer Reich con la identidad del Standartenführer Max Otto von Stirlitz.

Isaiev, de quien se publicaron 12 novelas en 25 años, se hizo muy popular en la Unión Soviética tras la adaptación a serie televisiva de su novela *Diecisiete instantes de una primavera* en 1973, protagonizada por Viacheslav Tijonov (1928-2009). En los países de influencia soviética se publicaron cien millones de copias de sus obras y estas se

tradujeron a todos los idiomas de los países al este del Muro de Berlín.

El creador de este singular personaje fue Yulián Semiónov (Moscú, 1931-1993), periodista y escritor, quien en 1965 publicó *Sin contraseña*, la primera aventura de Isaiev. También fue uno de los pioneros del periodismo de investigación y cubrió muchos de los acontecimientos mundiales, desde la revolución en Cuba hasta el golpe de Estado en Chile. Además, siguió la pista a muchos nazis huidos de Alemania. Así, consiguió entrevistar en España a Otto Skorzeny, el coronel nazi especialista en operaciones especiales que rescató a Benito Mussolini de la cárcel; al exministro del Tercer Reich Albert Speer, condenado en

los juicios de Núremberg, y a Karl Woff, líder de las SS. Fue hasta su muerte el presidente de la Asociación Internacional de Escritores Policiacos, que entrega todos los años el Premio Dashiell Hammett a la mejor novela negra a nivel mundial escrita en castellano, y lo sigue haciendo en el marco de la Semana Negra de Gijón, ciudad que Semiónov visitó en 1988, con motivo de la primera edición del festival.

Su temprana muerte dio lugar a todo tipo de especulaciones, como las del periodista Vladimir Soloviov, quien aseguró que Semiónov había sido envenenado por el KGB porque pretendía publicar material comprometedor para el Patriarca de Moscú, Alejo II. Otra curiosidad so-



**Número cero. Bob Dylan:
 relato de un hombre invisible**
 Eduardo Jordá

Libros del Asteroide
 120 páginas. 13,95 euros

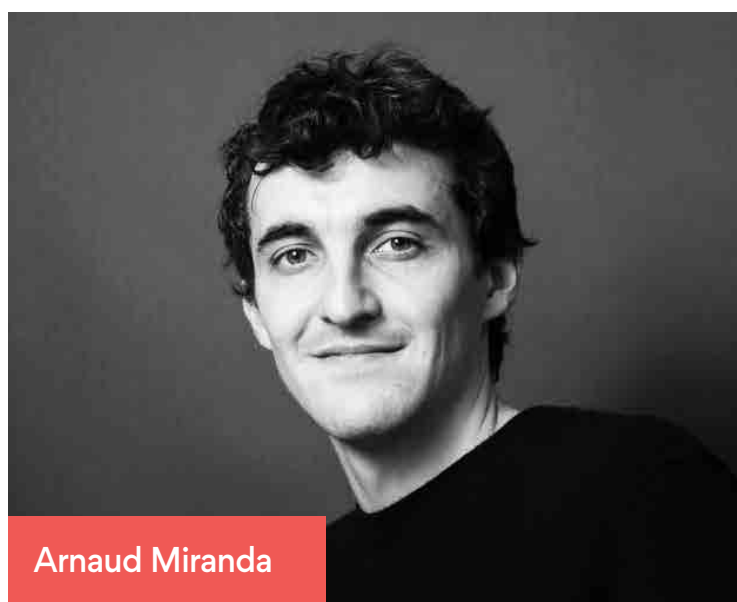


Torbellino
 Yulián Semiánov

Traducción de Luis Cerecedo
 Hoja de Lata
 408 páginas. 22,90 euros

na, al margen del Estado. En consecuencia, su bestia negra es la democracia, el modelo político por excelencia que procura preservar el vínculo social y hace a los ciudadanos partícipes de las decisiones. Consideran que esto implica una interferencia inadmisiblemente en la vida de las personas e incompatible con el ejercicio de la libertad individual. Sin embargo, ensayando una pirueta tosca e imposible, proponen la monarquía absoluta o un sistema de partido único, siguiendo el ejemplo chino, como las mejores formas de gobierno. Para lograr ese propósito, los más impacientes creen llegado el momento de ejecutar un golpe de Estado.

La Ilustración oscura es una carga de profundidad contra la ilusión progresista de la democracia. En ocasiones, sus componentes divagan con especulaciones disparatadas, en apariencia carentes de sentido, pero esto no debiera llevarnos a engaño. Maquinan un plan, cada vez mejor definido, tienen recursos abundantes y están encontrando amplio eco entre las fuerzas populistas de la ultraderecha. Propugnan una ruptura tajante con el consenso demócrata-liberal que ha dado estabilidad a las sociedades avanzadas durante décadas y quieren provocar una subversión del orden político, un cambio radical de las reglas del juego, que nos instale de



Arnaud Miranda

FRANCESCA MANTOVANI

repente en un paraíso de tecnocracia y autoritarismo. Más aún, los reaccionarios de nuevo cuño esbozan las bases de otra civilización en un Occidente renacido.

Miranda reivindica la importancia de estudiar las ideas políticas que circulan y el impacto que producen. Su libro tiene un interés intrínseco y es muy útil para navegar por las procelosas aguas del mundo que habitamos en estos tiempos desquiciantes, graves e inciertos. Se reúne en las librerías con otro de igual título, publicado por Almuzara, escrito por Juan Jesús Mora, profesor de la Universidad de Huelva y estudioso de la democracia, que también ofrece una luz en medio de la penumbra.

«Nada de lo que se ha escrito de Dylan sirve de mucho», se lee.

Iniciando desde ello, Jordá se permite compararlo con Homero —que le sirvió de epilogista de su Nobel— o William Shakespeare, «está en todas partes y ninguna». Su magnitud como bardo es tan monumental que despierta en el autor una metáfora poderosa como que «es un río grande y majestuoso que viene de no sé dónde».

Aunque su condición líquida nos abraza, también existe un niño llamado Robert Zimmerman que ya anuncia una capacidad para la poesía con 10 años en un poema por el Día de la Madre, que tiene fijación por golpear a su hermano y que pronto comienza a desdibujar sus orígenes cuando a sus amigos bohemios del Chelsea Hotel neo-

yorkino les cuenta que no creció en un pueblo minero, sino que fue criado por los miembros de un circo. Aparece su fascinación primera por la música como oyente de radio de frecuencias exóticas como las de Little Rock y queda claro que la naturaleza le regala un oído prodigioso para acaparar miles de canciones en su cabeza, del ragtime a las baladas fronterizas, de las canciones de los apalaches al cancionero *cowboy*, y se convierte en un catalizador musical y también un lector empedernido influido por los *beatniks* y la poesía romántica de Dylan Thomas.

Su proceso creativo, según alguna confesión recogida, es de lo más curioso: crea sobre otras canciones que en un momento determinado pasan a ser de su propie-

dad, proceso de usurpación que lo emparenta con otros genios, que reconocieron sus influencias, como Paco de Lucía —«el artista es un ladrón»— y Pablo Picasso —«el buen artista copia, el gran artista roba»—.

El libro aglutina algunas citas y consejos, como el que le dedica su padre de niño: «En la vida puede pasar cualquier cosa. Incluso si tienes todo lo que deseas, da las gracias por aquello que no tienes y no deseas». También se acuerda de William B. Yeats, un ejemplo para sus desdoblamientos de personalidad: «El poeta no es nada. No tiene yo, es el todo y la nada, no tiene carácter, goza de la luz y la oscuridad».

Número cero también se aproxima a un espacio candente. Su relación con las mujeres. Aparecen sus primeros noviazgos, Suze Ro-

tolo y Joan Baez. Una mujer que le influyó mucho y otra a la que no dejó que lo hiciera. De aquel tiempo en Nueva York, se aportan anécdotas buenísimas que tienen mucho que ver con la frenética vida nocturna en la que Dylan era el hombre capaz de escribir a máquina en medio de una fiesta con la habitación llena de amigos y humo.

Su relación con el alcohol y las drogas, sobre todo las anfetaminas, tampoco pasa de largo y se sabe que aquel accidente de moto, no tan mortal, fue producto de un estrés superlativo que le sirvió de excusa para hacer un punto y aparte y comenzar un camino de reclusión aún más acusado. Su doloso divorcio de Sara Lownds también sale a colación y, por supuesto, su reconversión en ferviente católico, lo cu-

al le llevó a escribir algunas de sus mejores canciones.

Su devoción por Elvis Presley protagoniza uno de los pasajes más emocionalmente destacables, hay lágrimas, y de la misma forma se aborda la dylanmanía como un fenómeno que tocó techo en aquel fan rebuscando en su basura y que escribió sobre su vida a partir de desechos. Dylan, genio y figura, quiso conocerlo y un tiempo después lo despachó con un puñetazo.

El libro puede resultar breve para los amantes del dato, pero no para los que buscamos a Dylan desde la distancia, el misterio y sus canciones. Desde esa perspectiva no tan cercana, puede verse mejor el eclipse de alguien que es todos y nadie a la vez. Un puro enigma que parece que nunca morirá. Como Elvis.



Yulián Semiánov

bre su vida y obra es que desde 2007 se puede visitar —aunque aconsejo esperar a que la guerra termine— su casa-museo en Oliva (Crimea, Ucrania), donde vivió y escribió durante los últimos años de su vida.

De la saga del superagente soviético se han publicado en España cuatro novelas, todas en Hoja de Lata. La primera fue *No se necesita contraseña*, ambientada en 1921, en plena guerra civil y con Lenin aún vivo. En ella, el Kremlin infiltraba a Maxim Isáiev en el bando zarista; las páginas de la novela iban llenas de duelos en trenes blindados, discusiones sobre literatura y las diferentes visiones del proceso revolucionario. Le siguió *Diamantes para la dictadura del proletariado*, situada

después del triunfo de la Revolución soviética. En ella, Isáiev es enviado al exilio ruso para controlar el contrabando de diamantes con el que se está financiando a la oposición zarista. Años más tarde, Semiánov camufló a su agente en el Estado Mayor hitleriano, cuando los carros de combate soviéticos avanzaban hacia Berlín, en su novela más conocida, *Diecisiete instantes de una primavera*.

Ahora, nos llega *Torbellino*, una novela publicada en la URSS en 1967. En ella se describe una operación militar soviética en el verano de 1944 para salvar Cracovia de su aniquilación, porque Hitler se ha propuesto derribar todas las ciudades importantes del mundo eslavo para que no

quede rastro de esa raza. Para detener esos planes, el Ejército Rojo envía un comando especial para que desactive esa operación de destrucción. Aquí, de nuevo tendremos al agente Maxim Isáiev infiltrado en el Estado Mayor de la Wehrmacht. Lo que desconoce nuestro protagonista es que los partisanos polacos han decidido matarlo, al considerarlo un jerarca nazi. Interesante es el intercambio de mensajes a lo largo de la novela entre el primer ministro Winston Churchill y el mariscal Jósif Stalin. Desde mi punto de vista, el final, bajo la lluvia en la noche de Praga, es soberbio. Me recuerda a alguna escena de Carol Reed en *El tercer hombre* o de Michael Curtiz en *Casa blanca*.